

Reseña

**A propósito de *La Pequeña Política de Uribe.*
¿Qué hacer con la Seguridad Democrática?
 Del Profesor Rafael Ballén***

Jaime Rafael Nieto López**

La Pequeña Política de Uribe, es un libro algo explosivo, polémico, ameno, de prosa ligera y punzante, sencilla, sin grandes pretensiones teóricas (lo que no quiere decir que en él esté ausente la teoría) —es quizás esto último lo que lo hace más ameno y lo predispone de entrada a una diligente acogida por todos los públicos—, pero igualmente es un libro muy directo en la forma como encara cada uno de los aspectos que aborda, igualmente en las caracterizaciones que formula. Todos sus tópicos y apreciaciones, se encuentran respaldados por una muy contundente, sintética y sistemática presentación de los hechos, de las apreciaciones de los actores y de las múltiples situaciones que discurren entre sus líneas, recabada en archivos de prensa, testimonios y documentos oficiales de los actores. No

hay nada de lo que allí se afirma que no pueda ser respaldado en información documental o testimonial. En este sentido, se trata de una obra seria y consistente.

El libro, lo integran seis capítulos:

- I. El poder en el contexto mundial.
- II. Uribe, un proyecto personal.
- III. Negociación con los paramilitares.
- IV. ¿Es Uribe Demócrata?
- V. La seguridad democrática.
- VI. ¿Qué hacer?

Estos seis capítulos integran el tema central de la obra: la coyuntura política colombiana bajo el gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez.

* Editado por *Le Monde Diplomatique* y *Desde Abajo*.

** Sociólogo de la Universidad de Antioquia, Magíster en Ciencia Política, Universidad de Antioquia. Profesor asociado. Departamento de Sociología. Universidad de Antioquia.

Este es, sin duda, el eje central del libro del profesor Ballén, y el Presidente Uribe es su protagonista principal, cuando no exclusivo.

El primer capítulo se ofrece como marco teórico del conjunto de la obra y se estructura alrededor de la categoría del poder, los cuatro siguientes dan cuenta de los aspectos fundamentales que configuran propiamente la trama constitutiva de la coyuntura política colombiana, la cual se estructura, repito, alrededor de la figura presidencial y su papel protagónico en la misma, y, finalmente, el sexto capítulo, está dedicado a perfilar lo que podría ser el esbozo de una alternativa política de corto y mediano plazo frente a la política de Uribe y su proyecto de reelección. El grueso de la obra, pues, se encuentra en los cuatro capítulos intermedios. No es mi intención ahorrarles el esfuerzo placentero que la obra del profesor Ballén suscita haciéndoles una presentación exhaustiva de la misma, por consiguiente me limitaré solamente a formular algunos comentarios breves sobre ciertos aspectos externos e internos a la obra misma, con la expectativa de contribuir al debate al cual invita *La Pequeña Política de Uribe*.

Mi primer comentario, y quizás el más importante, pretende ubicar el carácter mismo de *La Pequeña Política de Uribe* en el marco de la literatura política. No diré nada extraordinario. A mi juicio, esta obra hace parte del género de los estudios de coyuntura política, tal como salta a la vista por su solo título. Pero me gustaría ir más allá e intentar desentrañar un poco los alcances y el significado de lo que representa el libro del profesor Ballén, como texto de coyuntura. Como sabemos, cuando en la literatura política hablamos de coyuntura, estamos hablando de un momento determinado de la realidad, por lo general de la realidad como presente, pero de un presente, que a diferencia de una toma fotográfica que congela y petrifica la realidad, el presente de la realidad como coyuntura se define ante todo por su gran movilidad, por su extraordinario dinamismo, un presente que, para decir-

lo en términos de Hugo Zemelmam, se hace haciéndose. La realidad como coyuntura es el reino de los actores, de sus prácticas, de sus proyectos de futuro.

Esto es lo primero que destacaría de la obra de Ballén: no hay ideas preconcebidas acerca de la realidad, no hay leyes abstractas e impersonales gobernando las tendencias de la realidad, no hay sujetos títeres realizando libretos inscritos en ideas universales; por el contrario, lo que encontramos es una abigarrada trama de acontecimientos, de hechos, de conflictos, de proyectos en disputa, de expectativas frustradas, de potencialidades realizándose; todo ello articulado y dinamizado por el actor protagónico, el presidente de la república, por un actor intentando imponer exitosamente un sentido a la realidad, ordenándola según sus propios intereses.

Me gustaría ser un poco más incisivo con la idea del sentido. La coyuntura es el momento de los actores en disputa, de conflictos de poder o de proyectos de futuro; pero la coyuntura es también, *la disputa por el sentido de la realidad*, por el encauzamiento de la misma según los proyectos de futuro y las correlaciones de fuerzas entabladas entre los actores en conflicto. El sentido se refiere de manera directa a la capacidad del actor por imponer una dinámica a la realidad según sus propios proyectos, según sus propias expectativas de futuro. Esta idea del sentido es la que más claramente se advierte en la obra de Ballén, especialmente en referencia al Presidente de la República Álvaro Uribe Vélez.

Pero hay otra dimensión de la disputa por el sentido de la realidad que me gustaría destacar y que es aparentemente externa a la obra de *La Pequeña Política de Uribe*, ésta se refiere a la forma como *los respectivos actores nombran la realidad* y al nombrarla se legitiman legitimando su sentido de la misma. Ciertamente en este escenario sólo aparecen dos actores en la obra de Ballén: Álvaro Uribe Vélez y Ballén mismo. El primero, dotado de poder real en cuanto

representación del poder político dominante, pero igualmente dotado de poder discursivo, el cual le permite movilizar y activar de una determinada manera todas las demás fuentes del poder real, pero sobre todo poder que le permite nombrar, disciplinar ideológicamente la realidad, tanto la que percibe y cómo la percibe en cuanto poder, como sobre todo, la que perciben y cómo han de percibirla los otros.

No fue Foucault, sino Hobbes el primero en develar que la verdad es la del poder. El poder de nombrar, como el de la violencia, es algo que sólo el poder está en condiciones de imponer. Como bien lo observa Sartori refiriéndose a Hobbes: Su príncipe, el *Leviatán*, es el más próximo y directo precursor del Gran Hermano concebido por Orwell; el orden político está creado por su *fiat*, por su poder de crear las palabras, de definir las, de imponerlas a sus súbditos. "Las verdades primeras —escribía Hobbes— fueron implantadas arbitrariamente por los primeros en ponerle nombre a las cosas" (Sartori, 1996). No es sorprendente que el presidente Uribe —como bien lo observa Ballén—, que no ha disimulado su incomodidad con la Constitución de 1991, pese a jurarla en su posesión, la traicione cambiando las reglas de juego fundamentales establecidas por la misma, que en nombre de la democracia ejecute una política de seguridad que menoscaba la democracia, que en nombre de la soberanía sean el FMI quien regente la economía del país y el Departamento de Estado de EE.UU. sea quien diseñe y financie la política contrainsurgente, que en nombre de la lucha contra la pobreza ejecute políticas antipopulares. Todos estos "en nombre de" pertenecen al campo de la eficacia simbólica del poder y se orientan a monopolizar e instituir de sentido la realidad que nombra.

En la sociedad contemporánea, que obviamente no vivió y quizás ni siquiera imaginó Hobbes, en la que la realidad es cada vez más la realidad massmediática, el poder de nombrar no es una facultad exclusiva del titular del poder. En los marcos de una sociedad democrática, *la dis-*

puta por el sentido es mucho más compleja, diversa y controversial. En contextos autoritarios o de democracias autoritarias, nada lejano al de Colombia, los medios masivos de comunicación y sobre todo la *intelligentsia* se convierten en instrumentos orgánicos del poder, y si bien guardan una relativa distancia de aquel o por lo menos una autonomía formal frente al poder, por lo general no escapan a su capacidad de disciplinamiento. En esas condiciones, medios masivos de comunicación e *intelligentsia*, actuando desde la posición privilegiada que ofrece el campo de la cultura, contribuyen más que cualquier otro actor, a la producción del sentido monológico propio del poder absoluto. La verdad del poder es un campo que ellos mismos contribuyen a construir y sobre todo a instituir.

En la historia política reciente de Colombia, ningún mandatario había sido tan eficaz en esta labor de disciplinamiento monológico en la producción de la verdad, como el presidente Álvaro Uribe Vélez: los canales privados y públicos de TV, los principales diarios escritos y revistas, no ahorran espacio para exaltar la figura presidencial y las supuestas bondades de su política en diferentes campos; ningún presidente antes había ejercido tan profusa y eficazmente la massmediatización de la política como el presidente Uribe, desde la pequeña política de los consejos comunitarios y la entrega de guerrilleros, hasta la grande que lo muestra en los escenarios de combate a las guerrillas, de jefe de prensa en los frustrados intentos por rescatar secuestrados gubernamentales, en los consejos de ministros, en el congreso y en las giras internacionales.

Por otra parte, ningún otro presidente como Uribe ha sido tan eficaz en la labor de *aggiornamento* intelectual, lograda no sólo con intelectuales tecnócratas con formación en el exterior, que es lo corriente en los últimos 40 años, sino con la vinculación de grupos de intelectuales otrora con posturas de izquierda o simplemente críticos frente a la realidad del país, en

calidad de asesores, consejeros o simplemente como acuciosos defensores de oficio de sus políticas y acciones. Un cuadro de mandarines y escribas siempre ha acompañado al poder, pero sólo ahora en Colombia una fuente importante de este cuadro procede de la *intelligentsia* "crítica".

Es en este preciso contexto en el que *La Pequeña Política de Uribe* y su autor cobran pleno significado en la coyuntura política colombiana. El autor y su obra dejan de ser externos a la coyuntura y asumen el riesgo de integrarse a ella, a ser también artífices de la misma. Yo ubico esta obra en el escenario estratégico de la disputa por el sentido, en un momento, el presente, en que esa disputa es cada vez más difícil y arriesgada, tanto por los perfiles autoritarios del régimen político como por su capacidad de captura discursiva de las voces disidentes al mismo. Como lo he dicho ya, en tono polémico y directo, Ballén se arriesga a desnudar al príncipe allí donde el oropel discursivo parece más convincente, y a convencer de su desnudez allí donde la impostura discursiva es su ropaje predilecto.

Me pregunto, si el terreno escogido por Ballén no es el más apropiado a la hora de fundamentar una postura política inevitable por parte de los intelectuales. Antonio Gramsci y Norberto Bobbio, cada uno a su manera, parecen validarlo. En el caso de Gramsci, no puedo evitar evocar las dos estrategias diferentes de lucha por el poder que formula para Oriente y Occidente, según las características específicas entre uno y otro tipo de sociedad: en Oriente, donde el Estado lo es todo y la sociedad civil casi nada, laxa y vaporosa, se impone la guerra de movimientos y un asalto rápido a la fortaleza del adversario; en cambio, en Occidente, donde el Estado es casi nada y la sociedad civil casi todo, sólida y orgánica, se impone la guerra de posiciones. La primera fue desarrollada exitosamente por los bolcheviques en 1917, la segunda infructuosamente por la socialdemocracia europea después de la segunda guerra mundial.

Hoy, a la luz de tantas experiencias exitosas como frustradas de los sectores subalternos contra regímenes despóticos y capitalistas, es posible pensar y desarrollar una estrategia en la que guerra de movimientos y guerra de posiciones no sean dicotómicas sino, por el contrario, complementarias. Una estrategia en la que se conjuguen adecuada y oportunamente la una y la otra. Evocar la guerra de posiciones y comprometerse con la misma es aceptar un terreno de por sí escabroso, difícil, paciente y lento, porque es aceptar que la disputa primera y más importante con el poder es la disputa por la hegemonía cultural, intelectual y política, es aceptar, en otros términos, el lugar estratégico que ocupa la disputa por el sentido en la construcción de una nueva hegemonía o contrahegemonía, de una nueva subjetividad política colectiva subvertora del estado de cosas imperantes. Sin embargo es este precisamente el escenario en el cual los intelectuales gozan de todo el campo abierto de posibilidades, convirtiéndose en su reto político más importante. Como bien lo observa Norberto Bobbio, la primera tarea crítica del intelectual se dirige a impedir que el monopolio de la fuerza se convierta también en el monopolio de la verdad.

Por eso, la obra de Ballén me parece una obra valiente y estimulante; porque se atreve a *nombrar diferente* desde la academia, sin caer en el intelectualismo estéril y vacío.

¿Qué hacer? Es el capítulo final de su obra, y no me parece casual que precisamente en la respuesta a este interrogante crucial el autor conceda un especial lugar a los intelectuales y haga una invitación al compromiso de los mismos con la dramática realidad nacional que describe.

Al intelectual le corresponde, dice Ballén, analizar los hechos en una perspectiva histórica, desentrañar la ideología que esconde el régimen de los consejos comunitarios, decir la verdad y denunciar las mentiras, contrarrestando en lo posible el arsenal de publicidad política que generosamente ponen la mayoría de los medios a disposición del gobierno.

Con estas herramientas, el intelectual debe proyectar sus fuerzas a convencer, antes que a vencer.

Sin embargo, una estrategia alternativa a la crisis nacional no es cuestión de mesianismo intelectual, ni mucho menos algo que sólo a los intelectuales corresponde realizar. De hecho, ningún pueblo escoge las condiciones bajo las cuales le corresponde desarrollar sus luchas, ni ningún pueblo inicia esta lucha partiendo de cero. De ahí que la estrategia política que dibuja Ballén parte de los acumulados históricos y actuales de los sectores subalternos del país, tanto de los positivos como de los negativos. Para empezar, esta estrategia involucra necesariamente a la izquierda organizada del país y sus acumulados, a los movimientos sociales y ciudadanos, sus liderazgos, sus expectativas y sus proyectos. Sin embargo, esta estrategia requiere dotarse de un programa o de un proyecto político de corto y mediano plazo que trascienda la coyuntura electoral, el cortoplacismo que ha sido lo característico de la izquierda colombiana tanto armada como civil. Un programa de reconstrucción social del país, basado en un replanteamiento radical del modelo neoliberal de desarrollo, que sea incluyente, democrático, que haga posible el crecimiento económico con desarrollo social, con justicia social; por otro lado, un programa que haga posible la democracia, la participación y la toma de decisiones de los ciudadanos en los asuntos cruciales del país; construir este programa y convertirlo en eje de dirección y aglutinante de las mayorías nacionales, requiere el concurso de todas las fuerzas sociales y políticas de oposición. ¿Será posible que la izquierda colombiana logre superar el endémico fraccionalismo y caudillismo de tantas décadas? ¿Será posible desencadenar un proceso de larga duración orientado a la disputa de la hegemonía política al poder, articulando demandas sociales y políticas de coyuntura con proyectos y consignas de mayor calado que erosionen progresivamente las fuentes de poder de las élites dominantes? La experiencia latinoamericana es aleccionadora, pero tam-

bién decepcionante. Hay una multitud creciente tomándose las plazas, las calles y los símbolos del poder en América Latina, pero igualmente es notoria la ausencia de direcciones políticas dispuestas a encauzar este potencial social y político hacia salidas socialistas y democráticas a las crisis que consumen a los países de la región.

Al optimismo de la voluntad del profesor Ballén, yo prefiero oponerle el pesimismo de la teoría, parafraseando un poco a Gramsci. Pero no un pesimismo paralizante, sino reflexivo y crítico, que permita establecer bajo cada nueva circunstancia las posibilidades reales de la voluntad colectiva.

Por supuesto que *La Pequeña Política de Uribe* es una obra criticable y el sentido de la misma es invitar justamente a la controversia y a la crítica.

Por mi parte haría tres breves observaciones críticas: la primera y quizás la más importante, es que el análisis está demasiado centrado en la persona del Presidente. Es comprensible que en regímenes de presidencialismos autoritarios, el análisis de los procesos políticos tenga por referencia al Presidente de la República.

Sin embargo, conviene no perder de vista que el Presidente representa un proyecto colectivo, unos intereses de grupos económicos, sociales y políticos, no sólo nacionales sino también transnacionales. La personalización del poder que muchos analistas—apologetas o detractores—hacen de la política de Uribe en diferentes campos, incurre en el error de conceder demasiadas virtudes personales al príncipe o demasiada malignidad. El príncipe, sin embargo, más allá de sus obvias ambiciones personales, lo es ante todo porque encarna en la coyuntura la síntesis de aspiraciones y expectativas de poderosos intereses sociales y políticos en la sociedad. En esto, me parece que la perspectiva de Marx al estudiar el golpe de Estado de Luis Bonaparte en la Francia de 1851 sigue siendo válido: a partir del estudio de las lógicas políticas y sociales domi-

nantes en la coyuntura francesa de mediados de siglo, mostró cómo efectivamente Bonaparte, un hombre mediocre en muchos campos era, sin embargo, quien mejor representaba las expectativas de las fuerzas de la reacción para la derrota del proletariado.

¿Qué pasa si Uribe sufre el traspies constitucional de la no reelección? ¿Colapsa también el proyecto de guerra y contrarreforma política, la transnacionalización neoliberal de la economía? No quiero con esta observación desestimar la importancia de la persona del Presidente en el ejercicio del poder. De hecho, en contextos de crisis de representación política, especialmente de crisis de los partidos y los parlamentos, el liderazgo carismático o caudillista se ha convertido en América Latina en la fórmula de recambio político y gobernabilidad de las élites; pero sería un lamentable error teórico creer que las iniciativas y procesos políticos emanados por su gobierno responden a intereses o ambiciones puramente personales y no a formas específicas de expresión política de intereses colectivos dominantes.

Esta perspectiva demasiado centrada en la persona del Presidente, impide a Ballén, igualmente considerar un marco de análisis más amplio, que deleve la puesta en juego de lógicas y pervivencias histórico-estructurales que inciden en los desarrollos específicos de la coyuntura y la manera como Uribe lidia con ellas, igualmen-

te, impide que considere más ampliamente el papel de otros actores, tanto nacionales como internacionales. La referencia teórica al poder no logra librarse del todo de esta referencia inmediata al poder del presidente Uribe; predomina una concepción demoníaca del poder. Esta cuasi satanización del poder no le permite a Ballén considerar más ampliamente una referencia teórica más rigurosa acerca del poder, incluso considerar las cinco posiciones clásicas acerca del poder: la maquiavélica, el poder como un fin en sí mismo; la liberal, el poder como un mal necesario; la marxista y anarquista, el poder como un mal absoluto; y la republicana antigua, el poder como el escenario desde el que se hace posible la convivencia y la buena vida.

La referencia a la pequeña política que introduce el título de la obra, es un capítulo teórico que queda pendiente, lo mismo que el capítulo acerca de la seguridad democrática, como subtítulo de la obra. Sobre todo, es conveniente hacer un esfuerzo que trascienda lo fenoménico e intente un encuadre histórico y teórico que permita una lectura más amplia de la política de seguridad democrática de acuerdo con las tendencias recientes del conflicto armado Colombiano.

Sin embargo, estos aspectos que observo como faltantes, de ninguna manera oscurecen ni limitan el gran valor académico y político de la obra del profesor Ballén y su propósito de suscitar la controversia y la crítica.

EDITORIAL
LEALON

Carrera 54 Nro. 56-46
☎ 571 94 43 y 231 43 64
Medellín - Colombia
Noviembre de 2005